## La visita de papá

El 20 de julio de 1936, una vez tomado el Cuartel de La Montaña por las tropas leales a la República, D. Francisco Largo Caballero, diputado en cortes y ex Ministro de Trabajo, acompañado por varios de sus ayudantes, se persona en el Regimiento de Transmisiones de El Pardo con el propósito de visitar a su hijo, quien se había incorporado al cuartel tres días antes como soldado de cuota[[1]](#footnote-1). El revuelo que se organiza en el cuerpo de guardia es descomunal. A la orden del sargento de guardia, Ruiz Bejarano, los soldados montan las armas y, de no ser por la oportuna aparición del oficial de guardia, el teniente Guzmán Renshaw que apacigua los ánimos, se hubiera montado un buen altercado. El oficial pide disculpas y asegura a D. Francisco que el suboficial de guardia será convenientemente arrestado, por lo que las aguas vuelven a su cauce y el diputado puede acceder a las dependencias del cuartel.

Cuando el soldado Largo Calvo, hay que decir que el chico no hace honor a sus apellidos literalmente hablando, se presenta ante el diputado ambos se funden en un tierno abrazo.

—¿Cómo estás hijo? ¿Te tratan bien?

—Estoy bien papá, todo bien, y sí, me tratan bien.

—Tus hermanas te mandan besos.

—Vale —respondió cabizbajo el chico.

—Oye, ¿Qué has oído por aquí?, ¿este regimiento tiene intención de sublevarse? Tengo entendido que el coronel Carrascosa no lo tiene claro, y el segundo, el teniente coronel Hernández Vidal parece ser que es leal a la República. ¿Tú sabes algo?

—Yo no he oído nada papá. La cosa está tranquila. No he escuchado comentarios sospechosos ni he visto movimientos extraños. Yo creo que estos van a ser leales.

—Bien. Pero a la más mínima sospecha, avisa.

—¿Me vas a decir que ése es el motivo por el que estoy aquí? ¿Eso no lo podría hacer cualquier miliciano apostado en la puerta? Yo podría estar sirviendo en el frente con más utilidad que aquí —el hijo hablaba con un tono quejumbroso y sonaba a reproche.

—No sé cuántas veces te lo he dicho ya. El partido está muy dividido, los *prietistas* quieren entrar en el gobierno y no me dan tregua. Si hago distinciones contigo me atacarían por ahí. Sabes que tengo que andar con pies de plomo.

—Papá, eres diputado…

El padre interrumpe la súplica del hijo estrechándole entre sus brazos. Cuando comprende que se ha serenado, lo aleja de sí y, manteniéndole sujeto con los brazos estirados, le dice:

—Sé fuerte hijo, en unos días te sacaré de aquí. Estamos pensando reorganizar las Transmisiones junto con la Inteligencia y la recién creada Oficina de Desinformación y Contrainteligencia. Te colocaré allí.

El diputado entrega a su hijo doscientas pesetas y dos besos y sale raudo de la dependencia y del cuartel.

La visita de su padre le ha alterado. Reconoce que tres días atrás cuando se incorporó al Regimiento lo había hecho a desgana y con mucho recelo. No compartía la opinión del padre respecto a qué se esperaba de él. Está dispuesto a darlo todo al igual que hizo durante la revolución de octubre del 34. «¿Acaso por la revolución de octubre no me entregué con absoluta abnegación, no hice honor al linaje de mi familia? ¿Por qué ahora esa manía de tener que guardar las formas? ¿Por qué ahora sí y en aquella ocasión no?», se pregunta con vehemencia Francisco. Su mente se debatía con estas cuestiones en los momentos previos a la incorporación, y ahora, tres días después, este corto periodo transcurrido ha servido de bálsamo a su atormentada mente. Esta visita inesperada vuelve a remover sus indefiniciones y dudas alterándolo de nuevo.

En esos tres días no es que hubiera entablado múltiples amistades o encontrado grandes afinidades políticas con los compañeros. No, nada de eso. Los días habían transcurrido con una pasmosa normalidad; todo se había desarrollado como estaba previsto, sin incidencias ni contratiempos. Algo que al hijo de tan ilustre personaje no le había ocurrido jamás desde el instante que abandonó la infancia. Toda su vida, desde el momento en que alcanzó la consciencia, se vio envuelta, o rodeada, por un torbellino de acontecimientos donde prácticamente tenía muy poco que decir. Su afiliación a las Juventudes Socialistas ocurrió porque tenía que ocurrir. Su participación en multitud de manifestaciones y huelgas obreras y estudiantiles tenía el mismo origen de inevitabilidad, de predestinación, palabra esta que no gustaba nada a Francisco por su religiosa connotación. Se matriculó en la Escuela de Ingenieros Industriales por la misma razón, así debía de ser y punto. El momento álgido de su existencia fue la participación, al lado de su padre, en la revolución de octubre del año 1934. Consecuencia del fracaso fue detenido, también junto a él, pero tuvo más suerte, lo soltaron a los seis meses de su ingreso en prisión y nunca fue juzgado. Sin embargo a su padre sí lo juzgaron meses antes del golpe fascista y fue absuelto de los cargos por falta de pruebas, a pesar de la ingente labor incriminatoria llevada a cabo por el Fiscal General de la República D. Marcelino Valentín Gamazo, quien sería vilmente asesinado junto con sus tres hijos el 5 de agosto de 1936. Sin embargo, el momento más triste fue la pérdida de su madre un año antes, estando su padre aún en la cárcel.

Durante estos tres días no había pasado nada que no tuviera que pasar. Todo sin estridencias, en la más absoluta normalidad, a ciertos mandos se les notaba algo nerviosos pero nada más. Había conocido a sus compañeros de armas, a sus oficiales y todo había ocurrido sin que nadie le preguntase por su padre. Y lo anecdótico es que no se había percatado de tal circunstancia hasta la visita del diputado. Se había disuelto el hechizo y con ello volvió el alboroto neuronal.

Esa tarde, después del toque de retreta, oye al sargento Quirós informar al brigada García Malo de que el motín del Cuartel de la Montaña, por fin se había acabado por el bien de la República. Y capta que lo decía con alegría sincera por lo que se tranquiliza y se dirige a su camareta con mejor ánimo. Al menos en el cuartel también hay mandos republicanos. Con ese estado de ánimo no le cuesta dormirse.

## Amanece

Lo despertó la cegadora luz procedente de un poderoso sol naciente que se filtraba a través de las rendijas burlonas del pequeño ventano que daba directamente al corral. Se incorporó sobre el doble colchón de lana, adquiriendo consciencia de la profundidad del hoyo provocado por el peso de su cuerpo cargando sobre un cansado somier que, a duras penas a pesar de sus miles de muelles, podía mantener la tensión estando descargado. Observó a su alrededor la lúgubre, aun a pesar de la filtración de la luz del amanecer, soledad del cuarto; sus ojos intentaban encontrar algo sobre lo que posar su inquietud. La soledad de las onduladas paredes blancuzcas infundía a la desolada mente de Tomás un desasosiego poco estimulante. En la habitación reinaba una poderosa cómoda muy oscurecida por el peso soportado de los muchos años transcurridos, con tres pesados cajones albergando ropa de cama y el traje de los domingos de Tomás. Acompañaba a la cómoda un pequeño mueble también oscuro a juego con ella, de estilizadas patas torneadas, con su jofaina encastrada en la encimera y su aguamanil en el estante inferior. Para completar el mobiliario, la cama y la mesita de noche. Coronando la pared de la cabecera de la cama, un solitario crucifijo con polvo acumulado durante tantos años de quieta estancia que le proporcionaba una pátina de prestancia y respeto.

Sí, estaba intranquilo, inquieto, pero él no era consciente de ello. Era y no era. Sabía y no sabía. Estaba y no estaba. Acababa de cumplir los dieciocho justo el día de la sublevación del ejército. Todo parecía un remanso de tranquilidad. Pero todo era confuso. Nadie hablaba. Nadie en el pueblo se movía. Nadie había desaparecido. Todo seguía igual que antes del alzamiento, pero no era igual. Solo se notaba más agitación en los miembros del puesto de la Guardia Civil. Su dotación consistía en un cabo y cuatro guardias. Ahora se les veía patrullar con más marcialidad, incluso lo hacían por las noches. Las malas lenguas aseveraban que hasta llevaban cargados los mosquetones y más lustrados los tricornios. Tomás conocía todas esas circunstancias. Claro que las conocía, faltaría más, solo que a él no le importaban. Nada le importaba: o quizá sí, puesto que algo no le permitía terminar el proceso de incorporarse al ajetreo diario y cumplir las faenas que a él le correspondían según el riguroso criterio paternal. «Qué lo hagan sus hermanos que para eso son mayores», se exculpaba Tomás, o padre que todavía está en edad de trabajar.

Se incorporó. De la cocina provenían los sonidos del trajín propio de la madrugada. Supuso que sus hermanas, ambas mayores que él, junto con su madre andarían preparando el desayuno y las viandas para el almuerzo de los hombres. Hoy tocaba siega. Un fuerte mugido, de alguno de los bueyes que probablemente se negaría a ser enganchado al carro, obligó a dirigir su mirada hacia el ventano. La contraventana exterior estaba agrietada. «Alguien tendría que repararla», pensó. Agarró el embozo de la sábana con las dos manos y se extendió hacia atrás, alzando simultáneamente los brazos mientras su cuerpo caía a plomo sobre el camastro y su cabeza quedaba tapada por la colcha de ganchillo. Así estaba a gusto, se encontraba seguro. Aquello era su refugio y se sentía inexpugnable. A lo mejor era seguridad lo que notaba a faltar. No una seguridad física, él jamás tuvo miedo, ni a lo desconocido ni al futuro. Quizá a esto último puede que sí; en cualquier caso la falta de certidumbre le corroía: ¿qué es si no esto lo que amarga a quien está empezando a la vida?

­La voz imperiosa de su padre, acompañada por varios epítetos, reclamándole para los quehaceres diarios rescató su mente de dónde pudiera estar perdida rebuscando respuestas. Se mantuvo inmóvil. No sabía qué tenía que hacer. Estaba a la expectativa, esperando que del cielo le llegase la solución. Pero el cielo nunca está para esos menesteres y la solución esperada no llegaba. Hasta que un segundo grito del padre, esta vez más imperioso, le devolvió a la realidad. Dando un brinco dejó la cama. En un instante se encontró frente a la jofaina y la inmensa pared tras ella, con sus entrantes y salientes, desconchones y olvidados clavos que algún día debieron soportar algún retrato de familiares emigrados a América. Levantó el aguamanil, vertió el agua sobre la jofaina y se lavó las manos con un trozo de jabón. Después se aclaró la cara para espabilarse y desprender de las legañas y otros residuos excretados durante el profundo sueño.

Mientras se vestía pensaba en la diferente suerte de sus tres hermanos varones. El mayor de todos, Pepe, como previendo ser el heredero de las tierras, labriego a imagen del padre. El segundo en edad, Alfonso, había ingresado en la Guardia Civil y ya era cabo; estaba destinado en Ávila. Al tercero, Antonio, siendo cojo por una polio mal curada y no poder ganarse la vida como agricultor, le habían mandado a estudiar a Salamanca, primero al Seminario, para hacerse cura, pero como era muy juerguista y travieso, terminó convirtiéndose en maestro de escuela. Acababa de terminar los estudios y, al sobrevenir el Alzamiento durante las vacaciones en el pueblo, seguía en casa a la espera de destino.

Y él estaba allí, sin saber qué hacer, hacia dónde dirigir su cuerpo, en qué emplear el resto de su vida. Una cosa sí tenía clara, no se iba a quedar en el pueblo, a la sombra y cobijo de su padre ahora y de su hermano mayor cuando aquél no estuviera. No señor. Cuando iba a la escuela, los pocos años que fue, siempre se esforzó al máximo, siempre hizo los deberes impuestos por la lúgubre maestra, rellenó meticulosamente los cuadernos de caligrafía, resolvió con precisión las reglas de tres, los quebrados y otros galimatías, como decía su padre las pocas veces que se interesaba por sus tareas. Pero la maestra, que era oscura, gris y húmeda nunca supo apreciar sus esfuerzos; desde luego no era su preferido y cuando su padre se empeñó en sacarlo de la escuela para hacerle un hombre de provecho, ella no puso objeción alguna dejando a Tomás solo luchando por permanecer en la escuela. Eso le había cerrado las puertas a estudiar para perito mercantil, que era lo que realmente le gustaba, hacer cuentas y apuntar los dineros.

El tercer aviso del padre ya no fueron gritos sino imperiosos mamporros en la puerta del dormitorio. Los golpes sobresaltaron a Tomás, sorprendido sentado en la cama a medio vestir con los brazos caídos a lo largo del cuerpo. Dio un brinco y abrió la puerta justo en el momento en el que el padre volvía a lanzar un golpe contra la madera, pero esta vez el puño se hubiera estrellado contra el rostro de Tomás de no ser por los reflejos y cintura de éste al esquivarlo.

1. Soldado de cuota: Aquél que abrevia su permanencia en el Servicio Militar Obligatorio mediante el pago de una cantidad de dinero, en esta época entre 1000 y 5000 pesetas según el caso, reduciéndose el servicio de un año a seis meses. Finalizada la Guerra Civil este privilegio fue abolido. [↑](#footnote-ref-1)